

dante» de Bretaña, y como el duque de Penthièvre, gobernador y teniente general de la provincia, estaba siempre ausente de su gobierno, el «comando» que no era un cargo y que sólo se ejercía por comisión, resultaba ser la función importante de aquella. Manuel Armando Vignerot du Plessis de Richelieu, duque de Aiguillon, era hijo de Armando Luis, conde de Agenais y duque de Aiguillon, y de Ana Carlota de Crussol de Uzés; sobrino tercero de una dama de Combalet, sobrina del cardenal Richelieu, sobrino del mariscal de Richelieu y emparentado con Maurepás; era también sobrino del secretario de Estado de Saint-Florentin, por su esposa, hija del conde de Plelo, muerto en Dantzig en 1734. Era elegante y de nobles modales y tenía atractivo; aunque de inteligencia vulgar, era reflexivo y laborioso; estaba dotado de un carácter firme y de un gran orgullo y ambicionaba llegar a los primeros puestos. Apreciado por el delfín, se le consideraba sucesor probable de Choiseul, lo que disgustaba y a la vez alarmaba al ministro.

La Bretaña, que había sido la última provincia francesa reunida a la corona y la última en recibir intendentes, había sido sublevada en varias ocasiones (1). Prevalía de su Acta de unión de 1532, en virtud de la cual ningún tributo podía percibirse en su territorio sin haber sido consentido previamente por sus Estados (2), y los nobles ponían su pundonor en defender las libertades de su provincia contra los procedimientos de los funcionarios reales; su patriotismo bretón era, en parte, sincero; mas también obraban impulsados por el deseo de substraerse a las cargas comunes. El Parlamento de Rennes hacía causa común con los Estados en la resistencia.

Aun siendo tan difícil como era su cometido, d'Aiguillon lo desempeñó en un principio admirablemente, creándose un partido entre la nobleza bretona. Ayudado por el intendente Le Bret, hizo el reparto de la vigésima con una moderación y unos miramientos que le fueron agradecidos; multiplicó las grandes vías de comunicación, los «grandes caminos», como se decía entonces; mejoró y suavizó el sistema de las prestaciones personales y se interesó por el saneamiento de algunas grandes ciudades. Durante la guerra de Siete Años, en 1758, salvó en Saint-Cast a la provincia de una invasión inglesa. Cuando convenía, defendía cerca de los ministros los privilegios de la Bretaña; pero se mantuvo neutral durante el proceso de los jesuitas, y esa neutralidad hizo sospechar que sentía simpatías por los religiosos proscritos, de tal manera, que el partido de Choiseul le denunció en Versalles y en París como agente de la Compañía.

D'Aiguillon tuvo la desgracia de pelearse con el procurador general del Parlamento de Rennes, La Chalotais, por haber querido impedir, por otra parte inútilmente, a ese magistrado que asegurase su supervivencia a su hijo, que era un inepto. Ahora bien, el proceso de los jesuitas había dado gran fama a La Chalotais; los Filósofos le ensalzaban y la señora de Pompadour y Choiseul le hicieron concebir esperanzas de ocupar el

(1) Especialmente en 1675 contra el impuesto del timbre (Véanse págs. 151-152 del tomo anterior) y en 1719 contra un impuesto sobre las bebidas (Véase pág. 24 del presente tomo).

(2) Véase tomo III, pág. 178.

puesto de contralor general. La Chalotais, que tenía el orgullo de la toga y era ambicioso y violento, unióse a sus protectores para ir contra d'Aiguillon, en quien, además de sus agravios personales, detestaba a un rival.

Sobrevinieron entonces, en abril de 1763, las medidas de Bertin y luego la declaración de 21 de noviembre siguiente (3); y en 5 de junio de 1764, a propósito del registro de esta última, el Parlamento de Rennes formuló representaciones en las cuales echaba en cara a d'Aiguillon sus «grandes caminos» y la reforma de la prestación personal que estimaba como un acto de despotismo.

Luis XV llamó a Versalles a los principales cabezas de motín, de Montreuil, de La Gascherie, de Kersalaun y el mismo La Chalotais, y les dijo:

«No he podido ver sin disgusto que en una ocasión en que he dado a mi Parlamento las mayores pruebas de confianza y en que sólo debía esperar testimonios de su celo y de su gratitud, haya añadido, por medio de un decreto comprendido, contra la regla ordinaria, en su decreto de registro de mi declaración de 21 de noviembre último, materias totalmente extrañas al mismo y que no tienden más que a arrojar nubes sobre una administración de la que yo estoy tan contento como la provincia, y aun a promover dificultades que podrían producir divisiones entre mis súbditos si no me fuesen éstos tan adictos. Id y decid a mi Parlamento que quiero que este asunto no tenga consecuencias.»

Cuando la diputación se hubo retirado, Luis XV, se quedó a solas con La Chalotais y le advirtió que tuviera cuidado en su futura conducta, recordándole que su cualidad de procurador general, de funcionario del rey, le obligaba particularmente a respetar al comandante. «Portaos, añadió, con más moderación; soy yo quien os lo digo.»

Los diputados regresaron a Rennes más irritados que intimidados. El Parlamento hizo nuevas representaciones y de nuevo fué llamada a Versalles una diputación; pero esta vez el rey se mostró menos enérgico con los magistrados y nada les dijo en defensa de la administración del duque de Aiguillon.

Al aproximarse la reunión de los Estados de 1764-1765, el nuevo contralor L'Averdy ordenó que se percibiesen en Bretaña dos sueldos por libra del precio de los arrendamientos, sin querer esperar, como le aconsejaba d'Aiguillon, el consentimiento de la asamblea. Alegaba para ello que la percepción de los derechos de los arrendamientos generales no concernía a los Estados y que él podía hacer percibir sueldos por libra adicionales si la declaración que así lo ordenaba era registrada por el Parlamento de Rennes; pues bien, este tribunal acababa de registrarla, aunque en la creencia de que los Estados harían oposición al registro. Y en efecto, apenas reunidos en Nantes, en octubre de 1764, los Estados formularon su oposición ante la Cámara de vacaciones, pues el Parlamento entonces no funcionaba, y la Cámara, en 16 de octubre, dió un decreto prohibiendo la percepción que el Parlamento había permitido. El Consejo del rey casó el decreto de las Vacaciones y prohibió todo recurso de los Estados al Parlamento; pero los Parlamentarios, al reanudar sus tareas

(3) Véase pág. 166.

en noviembre, prohibieron la fijación del decreto del Consejo, suspendieron el ejercicio de la justicia y en mayo de 1765 dimitieron todos, excepto doce que fueron perseguidos por los dimisionarios y amenazados con ser excluidos de la magistratura ellos y sus descendientes hasta la tercera generación. Rennes estaba revolucionada; abogados, jueces, procuradores, empleados subalternos del Palacio y clientes de los jueces dimisionarios se agitaban, y circulaban gran número de caricaturas y de libelos.

El secretario de Estado Saint-Florentin recibió algunas cartas anónimas injuriosas y amenazadoras para el propio rey (1), en las cuales alguien creyó reconocer la escritura de La Chalotais; el teniente de policía de Sartine las sometió a tres peritos para que las comparasen con cartas del magistrado, y los peritos afirmaron la identidad de la letra, después de lo cual el procurador general fué sometido a vigilancia.

Sostenía éste relaciones con un noble llamado Kerguesec, jefe de la oposición bretona y enemigo implacable del comandante, y se le acusaba, además, de haber tomado parte en conciliábulos en los cuales se trazaron los planes de resistencia de los nobles, durante los Estados de 1764; pero esto no bastaba para procesarle. Sucedió entonces que habiendo un subdelegado del intendente de Rennes, Audouard, mandado en carcelar a un cierto número de perturbadores, fué por esta causa condenado por el tribunal de policía, compuesto de procuradores del Parlamento, es decir, hostil al intendente y al comandante. El Consejo del rey casó la sentencia, y como quedó demostrada la inteligencia de La Chalotais con los enemigos de Audouard, el ministro mandó prender al procurador general.

Al mismo tiempo fueron encerrados en diversas cárceles otros magistrados sospechosos que, poco después, pasaron al castillo de Saint-Malo en donde estaba La Chalotais. Éste fué luego trasladado a Rennes, y en las dos cárceles trabajó a su placer en unas *Memorias* que hicieron tanto más ruido cuanto que en ellas denunciaba a los jesuitas como instigadores de su prisión. Se ha dicho que las había escrito con un mondadietes y con tinta hecha de hollín, vinagre y azúcar; pero la verdad es que disponía de papel, de plumas y de tinta y que estaba en comunicación con el exterior. Voltaire acreditó la leyenda de un mondadietes que «grababa para la inmortalidad.»

El duque de Aiguillon para nada había intervenido en el arresto de La Chalotais; viajaba en aquella sazón por el Mediodía de Francia, y sin que su parecer fuese oído, unas letras patentes de 16 de noviembre constituyeron una comisión de consejeros de Estado y de relatores que supliera al Parlamento de Bretaña e instruyera en Saint-Malo el proceso de los magistrados. D'Aiguillon puso como condición para su regreso a Bretaña la reconstitución de un parlamento que juzgase a los magistrados presos; pero cometió la imprudencia de

(1) He aquí el texto de los billetes anónimos: «Di a tu amo—decía uno de ellos—que a pesar suyo cazaremos a los doce J. F. y a ti también.» Otro decía: «Eres tan J. F. como los doce J. F. magistrados que han escapado del descalabro general. Comunica esto a Luis para que conozca nuestros asuntos y luego escribe en su nombre, pero sin que él lo sepa, bellas epístolas a los doce J. F. magistrados.»

entablar negociaciones para reclutar a los nuevos jueces, cosa que los Parlamentarios no le perdonaron, y a su regreso a Rennes, en enero de 1766, fué atacado furiosamente llegándose a decir de él que había pensado, en hacer decapitar a La Chalotais en la ciudadela de Saint-Malo.

En el entretanto, constituyóse el nuevo parlamento, al que por irrisión se denominó la «baillía de Aiguillon.» Encargado del proceso de La Chalotais y consortes, no se hallaba seguro del apoyo del ministerio que con tanta frecuencia mudaba de consejo; muchos magistrados se recusaron, a pretexto de parentesco ó de enemistad, y el Parlamento no reunió el número necesario de individuos para juzgar. Al mismo tiempo, los otros parlamentos protestaban contra esas innovaciones: el de París había elevado al rey, en 3 de febrero, representaciones sobre la comisión de Saint-Malo, tribunal cuyos miembros, decía, no eran más que los «mandatarios de un poder arbitrario,» y las había reproducido diez días después, cuando la constitución de la baillía de Aiguillon; y el de Ruan, también en representaciones que distribuyó profusamente en Bretaña, calificaba la baillía de Aiguillon de «fantasma de Parlamento.» Como el movimiento de protesta podía propagarse e intimidar a la baillía de Aiguillon, Luis XV se presentó inopinadamente, el día 3 de marzo, en el Parlamento de París y habló a los magistrados de tal manera, que la sesión recibió el nombre de *Flagelación*.

«Lo ocurrido en mi Parlamento de Rennes, dijo, no interesa poco ni mucho a mis otros parlamentos. He obrado respecto de aquel tribunal como convenía a mi autoridad y a nadie debo cuenta de ello. Sólo en mi persona reside el poder supremo; a mí solamente deben los tribunales su existencia y su autoridad; sólo a mí incumbe el poder legislativo, sin dependencia y sin participación...; el orden público emana por entero de mí y los derechos e intereses de la nación, de los que hay quien osa hacer un cuerpo separado del monarca, están necesariamente unidos en mis manos y únicamente en mis manos descansan.»

Al día siguiente, 4 de marzo, escribía al Parlamento de Ruan:

«He leído vuestras representaciones; no volváis a dírime jamás otras análogas; la agitación que suponéis... entre mis pueblos..., sólo en vosotros existe. El juramento que he prestado, no a la nación, como decís, sino a Dios solamente, me obliga a hacer entrar de nuevo en la senda del deber a los que de ella se apartan.»

Pero poco después consentía en llamar de Bretaña, a petición suya, al duque de Aiguillon, y el 15 de julio restablecía el antiguo Parlamento de Bretaña. En noviembre de 1766 avocó a su Consejo el proceso, e inmediatamente el Parlamento de París protestó contra el uso de aquella jurisdicción de excepción; el rey, temeroso de un conflicto, puso término a todo procedimiento por letras patentes de 21 de diciembre, y al mismo tiempo y por su propia autoridad señaló a los acusados lugares de destierro. Los partidos políticos continuaron enalteciendo a La Chalotais, víctima del odio de los ultramontanos y de su patriotismo bretón; los Filósofos, apenas concluida su guerra contra los jesuitas, aplaudían a Choiseul, de quien se sabía positivamente que era favorable a La Chalotais, y el pú-

blico veía en el triunfo de Aiguillon el desquite de los jesuitas.

En Rennes, los Parlamentarios, repuestos en sus cargos, dedicaronse a perseguir a los jueces, a los abogados y a los procuradores que no habían suspendido como ellos el servicio, a los funcionarios de las jurisdicciones inferiores que habían seguido administrando justicia, y al ingeniero Dorotte que había declarado en favor del comandante, cuando la discusión sobre los grandes caminos. Varios libelos reclamaron que se acusase a d'Aiguillon y el Parlamento de Rennes abrió una información sobre el modo cómo había sido por él ejecutado el edicto contra los jesuitas y en ella unos comisarios tomaron declaración a testigos que, siendo en su mayoría cuñales, formularon cargos contra el comandante ó por menos contra su subordinado, el subdelegado Audouard. D'Aiguillon fué acusado, no sólo de abuso de autoridad, sino, además, de haber sobornado a testigos contra La Chalotais y proyectado envenenar a éste.

Habiendo el propio comandante reclamado que se le nombrasen jueces, el Consejo, en 24 de marzo de 1770, acordó que fuese juzgado por el Parlamento de París, pues siendo como era duque y par, dependía realmente de este tribunal, del que formaban parte los pares de Francia cuando de uno de ellos se trataba. Pero el Parlamento de París había manifestado en varias ocasiones y por medio de sus representaciones su opinión sobre «la Cuestión de Bretaña», opinión violentamente hostil al comandante de la provincia.

El proceso se inició en Versalles el día 4 de abril. Decretóse la nulidad de los procedimientos de Rennes y se comenzó de nuevo la información: unos testigos se limitaron a decir lo que de oídas sabían; otros, contradijeron en París sus declaraciones de Rennes y algunas deposiciones, hechas en términos idénticos, parecían lecciones aprendidas. Una hubo que causó sensación, la del consejero Cornulier de Lucinière, quien dijo saber que d'Aiguillon había ido una noche de enero de 1766 á Saint-Malo para conferenciar con Lenoir y Calonne, miembros de la comisión encargada de juzgar á La Chalotais, y que de la conversación de aquellos tres hombres, que había sido sorprendida, resultaba que el mismo rey había exigido la cabeza del procurador general.

D'Aiguillon no cesó de pedir que su proceso siguiera su curso y quería presentar una querrela por soborno de testigos; no siendo, por consiguiente, cierto que quisiera substraerse á la justicia; pero el rey firmó, en 27 de junio de 1770, letras patentes declarando nulos todos los procedimientos é imponiendo á todos silencio sobre el asunto. Esto, después del permiso concedido á d'Aiguillon para que dimitiese su gobierno, era un nuevo desistimiento del rey. Mas no por ello se calmaron los ánimos; en efecto, el Parlamento dió, en 2 de julio, el siguiente decreto:

«El tribunal, considerando que las letras patentes de 27 de junio son letras de abolición bajo un nombre disfrazado; que no están conformes con los cargos, puesto que declaran que los acusados han observado una conducta intachable, siendo así que, por el contrario, las informaciones contienen indicios de pruebas graves y múltiples de varios delitos...», declara que el

duque de Aiguillon es, y así lo considerará el mencionado Tribunal, acusado de todos los hechos contenidos en la querrela del procurador general del rey... En su consecuencia, ha ordenado y ordena que se advierta á dicho duque de Aiguillon que no venga á tomar asiento en este Tribunal y se abstenga de desempeñar función alguna de paría hasta que por virtud de sentencia dictada por el Tribunal de los pares, en las formas y con las solemnidades prescritas por las leyes y ordenanzas del reino, que nada puede suplir, quede enteramente purgado de las sospechas que empañan su honor.»

Condorcet, al leer aquel decreto, escribió: «Confieso que el odio parlamentario es tan cruel como el despotismo ministerial.»

III. — Caída de Choiseul (1)

En el momento en que más agudo se presentaba el conflicto entre la realeza y los Parlamentarios, Choiseul dominaba todavía el Estado é influía en la opinión por medio de los salones y de los literatos; pero su caída estaba próxima. Su conducta en el asunto de Bretaña había sido sospechosa, puesto que por bajo mano había apoyado á La Chalotais contra d'Aiguillon y había estado algo en connivencia con la nobleza. Ahora bien, aquel asunto de Bretaña y la agitación general de los Parlamentarios habían abrumado al rey. En efecto, los parlamentos, momentáneamente intimidados por la sesión de flagelación, habían vuelto á ponerse en comunicación unos con otros; los adversarios de Choiseul persuadieron al rey de que éste excitaba á la magistratura, y se decía que la duquesa de Gramont, su hermana, en un viaje por Provenza y Langüedoc había trabajado cerca de los parlamentos de Aix y de Tolosa. A propósito de esto, hubo «en pleno Compiègne» una discusión violenta entre Choiseul y el duque de Richelieu. En París y en Viena anunciábase la próxima caída del ministro y se indicaba como sucesor suyo al duque de Aiguillon.

Por otra parte, Choiseul tenía dentro del mismo ministerio enemigos peligrosos: Maupeou y Terray.

Renato Nicolás de Maupeou había sido nombrado canciller en 1768, después de la retirada de su padre;

(1) FUENTES: *Rapports des agents diplomatiques étrangers*, Besenval (t. I), des Cars (t. I), du Delfand, Dufort de Cheverny (t. I), Georget (t. I), du Hausset (*Mémoires secrets*), Mouffe d'Angerville (t. IV), *Remontrances du Parlement de Paris* (t. III), Senac de Meilhan, ya citados Augéard, *Mémoires secrets* (1760-1800), París, 1866. *Journal de Hardy* (B. N. ms. fr. 6680-6687). *Lettres de Marie Antoinette*, pub. por La Rochette et de Beaucourt, París, 1895-96, 2 vol. *Correspondance secrète entre Marie Thérèse et le comte de Mercy-Argeteau, avec les lettres de Marie Thérèse et de Marie Antoinette*, pub. por Arnet et Geoffroy, París, 1875, 3 vol. *L'Observateur anglais* (1777-1778), 4 vol. Moreau, *Mes souvenirs*, París, 1898-1901, 2 vol.

OBRA DE CONSULTA: De Broglie (*Le secret du Roi*), de Carné (*Les Etats de Bretagne*), Flammermont (*Maupeou*), de Goucourt (*La du Barry*), Jobez (t. V), Marion (*La Bretagne et le duc d'Aiguillon*), Michelet (t. XVII), Peréy (*Le président Hénauld*), Rocquain, Vatel, Saint-André, ya citados.

Du Bled, *La Société française avant et après 1789*, París, 1892. De La Rochette, *Histoire de Marie Antoinette*, París, 1890, 2 vol. Soury, *Études de psychologie: Portraits du XVIII^e siècle*, París, 1879. De Nolhac, *Études sur la cour de France: Marie Antoinette, Dauphine*, París, 1898, 2^a ed. Maugras, *La disgrâce du duc et de la duchesse de Choiseul*, París, 1903.

tenía entonces cincuenta y cuatro años y era un hombre de baja estatura, fino, cumplimentero, de «lengua dorada», pero autoritario y duro, gran trabajador, osado, constante en sus propósitos, intrigante y muy ambicioso, á quien quizás su ambición inspiró la idea de ponerse enfrente de Choiseul declarándose adversario de la magistratura, cuya oposición á la corona de todos modos reprobaba. El consejero-clérigo del Parlamento, Terray, á quien Maupeou había hecho nombrar contralor general en 22 de diciembre de 1769, unióse á él, censurando los dos á Choiseul sus grandes gastos y á los parlamentos su oposición á los edictos fiscales, aun á los más justificados.

En 1770, Terray escribió una memoria sobre la reorganización militar de 1763 en la que pretendió sentar que el ejército, sin ser mejor que antes, costaba más, y le envió á Choiseul. Además sostuvo ante el rey que sus cálculos eran exactos y que si Su Majestad quería dinero, era imposible en lo sucesivo encontrarlo, mientras no se cercenasen los gastos inútiles de los departamentos de Guerra, Marina y Negocios extranjeros. Choiseul leyó en el Consejo y entregó al rey varias memorias apologéticas de su administración, pero Luis XV quedó persuadido de que algo de verdad había en las alegaciones del contralor general.

Finalmente, la nueva favorita, la señora du Barry, ayudó, al parecer, á los enemigos de Choiseul á desbarazarse de él. Era aquella hija natural de una Ana Becu, llamada Quantigny, que en París había casado con un guarda-almacén del arrendamiento general; educada en el convento de las damas de Santa Aurea, empleada en casa de Labille, un comerciante en modas de la calle Neuve des-Petits Champs, en donde se la conocía con el nombre de señorita l'Ange ó de Juana Vaubernier, amiga de la señorita Labille, que fué una distinguida pintora y la puso en relaciones con pintores, escultores y coleccionistas, había conocido entre estas gentes á un hidalgo gascón, Juan du Barry, que se había enriquecido con el aprovisionamiento de la guerra y de la flota. Amante de éste, había dado reuniones en casa de él, calle de la Jussienne, recibiendo en ellas á literatos y cortesanos. Dicese que tuvo por amantes al duque de Richelieu, al conde de Fitz-James, al asentista Sainte-Foi y al vizconde de Boisgelin. Entre aquellos artistas, literatos y disipados, habíase afinado y Juan du Barry, que ya había intentado dar por querida á Luis XV á la hija de un aguador de Estrasburgo y «á otras muchas», habíala preparado también á ella para ese porvenir. En la primavera de 1768, vióla un día el rey en Versalles y se enamoró de ella; entonces Juan la casó con su hermano Guillermo. Faltaba sólo presentar en la corte á la nueva condesa du Barry, para lo cual era menester encontrar una madrina; á este efecto escogióse á la viuda del conde de Bearn, quien se prestó al deseo del rey, mediante la promesa de que sus deudas serían pagadas y de que se protegería á sus hijos, que eran oficiales de marina y de caballería. La presentación tuvo lugar el 22 de abril de 1769.

La señora du Barry tenía ojos azules, medio cerrados y sombreados por cejas castañas, una boca deliciosa, facciones de extremada finura y cabellos de un rubio ceniciento, rizados y sedosos como los de un niño; había adquirido modales del gran mundo y no era tonta.

Mujer alegre en extremo, sus gritos, sus carcajadas y sus travesuras divertían al rey, que siempre estaba aburrido; buena en el fondo, la política no le interesaba y no tenía odios ni rencores.

Choiseul, que no era escrupuloso ni tenía derecho de serlo, á fuer de ex protegido de la señora de Pompadour, habría aceptado sin reparos el capricho del rey; pero las mujeres de su partido le impusieron la intransigencia, y los Choiseul hicieron á la favorita una guerra de canciones y *vaudevilles*, aplaudiendo *La Borbonésa*, *El aprendizaje de una modista*, *La apoteosis del rey Petaud* y las *Anécdotas secretas sobre la condesa du Barry*, publicadas en Londres por el gacetillero Theveneau de Morande. Su cancionero oficial, el ingenioso caballero de L'Isle, ridiculizó á la querida del rey en los teatros y en la calle.

Choiseul esperó encontrar una auxiliar poderosa contra la señora du Barry. Desde la época de su embajada en Viena, en 1757, había empezado á negociar el matrimonio del delfín con la archiduquesa María Antonieta de Austria, que entonces era aún una niña; en 1756 insistió en su proyecto y en 1770 se concertó el enlace. Convencido de que la alianza austriaca era útil á Francia y temiendo que José II, hijo de María Teresa, asociado por ésta al imperio y admirador de Federico II, arrastrase á Austria hacia Prusia, vió en aquel matrimonio una ocasión de robustecer á la vez su «sistema» político y su favor. La archiduquesa salió de Viena en 21 de abril de 1770, y cuando pasó por Estrasburgo, sus futuros súbditos celebraron fiestas en su honor; tres compañías de jóvenes vestidos con el uniforme de los Cien Suizos formaron calle á su paso; treinta y seis pastorcitos, disfrazados de personajes de Lancret, le ofrecieron flores, y además hubo danzas al aire libre, representaciones teatrales, coros, repiques de campanas, salvas de artillería, iluminaciones y fuegos artificiales en el III. El día 13, Luis XV y la familia real fueron á Compiègne á recibir á la delfina, la cual hizo su entrada en Versalles el 16.

María Antonieta fué en seguida por todos admirada; no era propiamente guapa, pues tenía la frente algo demasiado combada, los ojos demasiado salientes y el labio grueso de los Habsburgos; pero su juventud (contaba quince años), la frescura y la transparencia de su cutis, su rubia cabellera, su aire elegante y esbelto, su buen humor y su viveza, hacían de ella un ser encantador. Comenzó por ser amiga de Choiseul y por cobrar antipatía á la señora du Barry; estaba agradecida al ministro que había hecho su fortuna, creíale un hombre superior y le veía á menudo en las habitaciones de las señoras tías, que si antes le defestaran, ahora le recibían á causa del odio común contra la favorita.

Choiseul esperaba, además, sacar partido en pro de su popularidad de dos felices sucesos acaecidos durante su ministerio: la reunión de Lorena á Francia, en la que él para nada intervino, puesto que era consecuencia del tratado de 1738 (1), y la adquisición de Córcega.

El rey Estanislao, muerto en febrero de 1766, había dejado introducir en su ducado la administración francesa, cuyo personaje principal fué el intendente La

(1) Véase pág. 55.

Galaiziere, que tuvo muy mala mano. Estanislao había vivido como buen señor, conciliando como podía su confesor y su querida, siendo amigo de los Filósofos sin ser enemigo de los jesuitas, liberal, «bienhechor», fundador de una academia y gran constructor; había embellecido Lunéville y dado á Nancy uno de los barrios más hermosos del mundo, exquisita y original muestra del arte del siglo XVIII. Él fué quien preparó la reunión de una provincia durante largo tiempo disputada entre Alemania y Francia, codiciada por los monarcas franceses desde el siglo XV, anexionada por partes, en ocasiones ocupada totalmente y que, después de haber sufrido mucho, iba á ser, á pesar de haber llegado la última, una de las provincias más francesas del reino de Francia.

Córcega había sido codiciada desde hacía siglos por los pueblos marítimos, fenicios, focenses y cartagineses; después había sido conquistada por Roma, conservada por los bizantinos, anexionada por Carlomagno á su imperio y atacada por los árabes. Habíase puesto bajo la protección de la Santa Sede, pero vivía en plena anarquía á causa de su estado geográfico y de las costumbres de sus habitantes. Las dos principales ciudades marítimas de la Italia septentrional, Génova y Pisa, se la disputaron, y aunque aquélla prevaleció á ésta, nunca fué verdadera poseedora de aquel territorio, en donde fueron perpetuas las sublevaciones en las que intervinieron los extranjeros. A partir del siglo XVI sucediéronse las intervenciones de Francia, que, en el siglo XVIII, hubo de temer las intrigas de Holanda y de Inglaterra. Los holandeses apoyaron á un extraño aventurero alemán, Teodoro de Neuhoff (1), quien, en 1736, tomó el título de rey de Córcega; pero en 1739 un pequeño ejército francés lo expulsó de la isla. Francia, por virtud de acuerdos, el último de los cuales es de 1764, obtuvo de los genoveses el derecho de tener una guarnición en varias ciudades de Córcega, y por fin Génova, en mayo de 1768, vendió á Luis XV sus derechos de soberanía sobre la isla. Al año siguiente, una ruda campaña de los partidarios de la independencia, cuyo jefe era Paoli, terminó con la sumisión de Córcega, en la que Choiseul vió una compensación de la pérdida del Canadá.

La causa de la desgracia de Choiseul fué su política extranjera.

Continuando la política de la alianza de familia, después que los reyes de España y de Nápoles y el duque de Parma hubieron expulsado de sus Estados á los jesuitas, proyectó una gestión de las cuatro cortes cerca de Roma para pedir la supresión de la orden. Y habiendo el papa decretado la destitución del más débil, el duque de Parma, Choiseul contestó ocupando Aviñón, mientras los españoles ocupaban Benevento. En Oriente intervino para salvar Polonia, pero sin resultado (2). Tenía puesto todo su pensamiento contra Inglaterra.

Los conflictos entre Inglaterra y Francia eran frecuentes en las colonias: conflicto á propósito de un archipiélago situado entre Santo Domingo y las islas Bahamas; conflicto con motivo de la pesca en Terra-

(1) Véase A. Le Glay, *Théodore de Neuhoff, roi de Corse*, Mónaco, 1907.

(2) Véase más adelante, pág. 183.

nova y en las islas de San Pedro y Miquelón; conflicto en Bengala, en donde el gobernador inglés había hecho llenar una zanja abierta por los franceses en el límite de la factoría de Chandernagor y tolerado que se insultase el pabellón francés, hecho del cual Choiseul pidió reparación.

Choiseul seguía atentamente las contiendas coloniales, muy frecuentes también entre ingleses y españoles. La que estalló á propósito de las islas Maluinas, que los ingleses denominaban de Falkland, presentó en un principio caracteres de mucha gravedad. Aquel archipiélago había sido reconocido en 1763 por Bougainville, quien había instalado en él algunas familias acadias, pero habiéndolo reivindicado el rey de España Carlos III como dependencia de la América española, Francia se lo había cedido en 1767. En esto, unos ingleses que habían desembarcado en una de aquellas islas fundaron en ella el puerto de Egmont, y habiendo el gobernador español de Buenos Aires hecho ocupar esta plaza en 1770, reclamaron que les fuera restituida. Choiseul creyó entonces que se le ofrecía la ocasión de una guerra que tanto deseaba, quizás porque con ella se habría hecho indispensable al rey, y en 7 de junio escribió al embajador de Francia en Madrid, de Ossún, diciéndole que hacía presentar en Londres una memoria sobre la cuestión de Chandernagor y que si los ingleses negaban la satisfacción pedida, los franceses sabrían procurársela, y preguntándole al propio tiempo qué pensaba hacer, por su parte, España. El embajador contestó que Carlos III y su ministro Grimaldi deseaban «infinitamente la continuación de la paz» porque necesitaban «por lo menos dos años» para hallarse «en situación de hacer la guerra.» El 20 de agosto, Choiseul replicó:

«Lo que veo más cierto en la respuesta del señor de Grimaldi á mis comunicaciones es que España se muere de miedo por todos los incidentes que pueden traer la guerra.»

Pues bien, el mismo día una carta de Grimaldi á Fuentes, embajador de España en Francia, demostraba que España no tenía miedo, y el 27, de Ossún anunciaba á Choiseul que los españoles se apenaban á la guerra y daba los pormenores de sus armamentos. Pero en aquel momento, la contienda entre el gobierno y los parlamentos hallábase en Francia en su período agudo, y Choiseul tuvo por cosa imposible conseguir del Parlamento de París que consintiera en registrar los edictos fiscales que la guerra haría necesarios; de aquí que tratase de contemporizar recomendando á la corte de Madrid que «alargara» las cosas y hasta que cediera. Era, sin embargo, demasiado tarde porque el amor propio se exaltaba, y en 3 de octubre, de Ossún escribía que Grimaldi no daría nunca al rey el consejo de ceder «por temor de que los españoles le apedreasen.» Tan resuelto estaba Carlos III á la resistencia, que en 4 de diciembre Choiseul, en un despacho á de Ossún, convenía en que quedaban «muy pocas esperanzas de mantener la paz.»

El día 29 de noviembre, Choiseul había hablado en el Consejo de los preparativos de la guerra que en España y en Inglaterra se hacían; pero Luis XV le había interrumpido, aplazando el debate para otra sesión. El 6 de diciembre, Terray declaró en el Consejo que el

tesoro estaba vacío y que Francia no tenía crédito; y el 9, Choiseul-Praslin, como secretario de la Marina, atacó á su vez tan vivamente la administración del contralor general, que el rey levantó la sesión. Luis XV había de escoger entre Choiseul y los adversarios de éste, Maupeou y Terray, entre un desquite contra el enemigo exterior, Inglaterra, y una guerra contra los enemigos del interior, los parlamentos, y se decidió por el canciller y el contralor general. El 21 de diciembre hizo llamar al abate la Ville, primer oficial de los Negocios extranjeros, para redactar una carta en que rogaba al rey de España que hiciese todos los sacrificios posibles en pro de la paz; el 23 tuvo una explicación con Choiseul, á quien ordenó que mandase á de Ossún hacer cuanto pudiera para inducir á España á aceptar las condiciones de Inglaterra, y el 24 hizo entregar al ministro el siguiente billete:

«Ordeno á mi primo, el duque de Choiseul, que ponga en manos del duque de La Vrilliere la dimisión de su cargo de secretario de Estado y de superintendente de Correos, y se retire á Chanteloup hasta nuevo orden de mi parte.»

Cuando Choiseul abandonó Versalles, la multitud acudió presurosa á su palacio y cuando partió para Chanteloup, la sociedad distinguida le aclamó desde las ventanas y el pueblo siguió su carroza hasta la barrera del Infierno. Por las calles se vendía su retrato y los cortesanos fueron á verle en su retiro; á los que le pedían permiso para ir á Chanteloup, respondíales el rey desdeñosamente: «Haced lo que queráis.»

Ni Bernis en Soissons, ni d'Argensón en los Ormes, ni Machault en Arnouville, ni Maurepás en Bourges habían dado lugar á tales demostraciones; pero es porque ninguno de ellos había fomentado en todo el reino, como Choiseul, las ramificaciones de un partido ni prodigado tantas mercedes. Ninguno de ellos tampoco estaba en condiciones de desplegar, como él, un lujo regio que se manifestaba en cacerías con perros y á pie, en conciertos, representaciones teatrales, torneos poéticos, recepciones grandiosas y en un personal doméstico de cuatrocientos individuos.

El «rey Choiseul» recibió en su corte á los Boufflers, á los Beauffremont, á los Gontaut, á los Lauzún, á los Besenval, á los Beauvau, á los Du Chatelet, á los Castellane y á las señoras de Luxemburgo, de Enville, de Coigny, de Fleury, de Brionne y de Simiane. Para perpetuar la fidelidad de sus amigos hizo construir una «pagoda» de siete pisos y mandó grabar sus nombres en el mármol.

Por lo demás, Choiseul fué, de mucho, el ministro más brillante del reinado. No merece el título de hombre de Estado, pues ni tuvo profundidad de miras ni perseverancia de sistema, y su guerra contra Inglaterra, si hubiese conseguido empeñarla, habría sido un desastre; pero, en cambio, fué muy inteligente y muy activo, tuvo una idea elevada de la dignidad nacional y comprendió la necesidad de reconstituir las fuerzas militares y marítimas de Francia, para realzarla de la decadencia en que la guerra de Siete Años la había sumido.